

Želimir Periš

LA NOVIA DE LA PIERNA DE HUESO

Traducción de Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek

*He aquí el canto de la bruja Gila / que desgracias a tantos causó
Y a todos los seres del Ringtheater / que entre llamas durante el invierno ardió*

Capítulo 1

En el que a través del personaje de un tosco guzlar se presenta el carácter esencial de este libro, que es una epopeya sobre la bruja Gila, contada sin orden ni concierto, con un sable y un fusil como instrumentos de técnica narrativa.

- He aquí el canto de la bruja Gila, que a tantos desgracias causó.
- Espere.
- Y a todos los seres del Ringtheater, que entre llamas durante el invierno ardió.
- Le ruego que deje de cantar.
- Así sea.
- Antes de que haga la declaración, debemos anotar los datos básicos.
- Así sea.
- Primero diga claramente su nombre, apellido, nombre de su padre...
- Želimir Periš.
- Espere que termine. Decía que su nombre, apellido, el nombre de su padre y el de su madre, dónde ha nacido usted, su domicilio y cuál es su oficio, y solo entonces el motivo de su comparecencia.
- Mi nombre es Želimir, apellido Periš, el nombre de mi padre Ante, el de mi madre Branislava, de soltera Uvanović.
- ¿Nacido?
- Nací en Zadar, hace cuarenta y cuatro inviernos.
- ¿Domicilio?
- Donde sea que a mis compatriotas les guste escuchar canciones con el tañido de la guzla.
- ¿Dónde suele ser eso?
- Suele ser en las tabernas del barrio de Simmering, que está lleno de marineros nuestros, muchachos fornidos cuyo corazón empieza a dar saltos en cuanto oyen el primer decasílabo.
- Es decir, en Viena.
- Y en la feria de Favoriten.
- Eso es también Viena. ¿Oficio?
- Guzlar.
- ¿Ese es su oficio permanente?
- Además sé tocar la *diple*, también con odre, pero aquí en Viena no se puede encontrar ningún odre que valga la pena.

—¿Odre?

—¿Como se dice en alemán? *Balg*. Una piel de oveja que colocas bajo la axila y aprietas así con el codo. Ay, guzla, eres mi sola musa, ya que no tengo mi cornamusa.

—Le ruego que no cante. Y le ruego que se limpie la cabeza, la sangre está chorreando sobre mi escritorio.

—Le pido disculpas.

—Volvamos a lo importante. ¿Usted, por lo tanto, afirma saber quién ha incendiado el pasado invierno el teatro vienes Ringtheater?

—Así es.

—Y cuando vino a comunicar esa información, lo recibieron e interrogaron dos funcionarios de esta institución.

—Tres.

—¿Recuerda sus nombres?

—Uno era flaco, otro, gordo y el tercero, un verdadero armario.

—¿Anotaron su declaración?

—No vi ningún papel.

—¿Así que le interrogaban y le pegaban a la vez?

—El grandote me golpeó con la guzla en la cabeza y además me dio varios bofetones. Y el gordo me aplastó los dedos con el busto.

—¿Qué busto?

—Pues no estoy seguro, pero podría haber sido Mozart.

—¿Por qué le pegaron?

—Porque tocaba la guzla.

—¿Y por qué tocaba la guzla?

—Porque querían oír algo sobre Gila.

—¿Quién es Gila?

—Pues, Gila, la de la canción.

—¿Qué canción? Le pido respuestas más claras.

—He aquí el canto de la bruja Gila, que desgració a tantos causó. Y a todos los seres del Ringtheater, que entre llamas durante el invierno ardió.

—¿Eso se lo cantó a los policías cuando le pegaron?

—Eso y todos los demás decasílabos. Todo el poema de la Novia de la Pierna de Hueso, el relato sobre la bruja Gila como lo canta tocando la guzla el guzlar Želimir Periš.

—¿Por qué cantaba a los policías la historia de Gila?

—Porque vine a denunciar que Gila había incendiado el teatro. Y también denuncié cómo. Que fue impregnando las cortinas con un líquido que se puede encender a distancia y, cuando cerró las puertas para que nadie pudiera escaparse, chasqueó los dedos y las cortinas ardieron. Pocos salvaron la vida.

—¿De dónde ha sacado los detalles?

—De Gila.

—¿Tiene esta Gila un apellido?
—No. Solo Gila.
—¿De modo que no se sabe su apellido?
—Se sabe. Se sabe que no tiene apellido.
—¿De dónde es originaria Gila?
—No se sabe. Unos aseguran que es de Herzegovina, otros dicen que es de Eslavonia. También hay quien la cree de una isla extraña, y niegan que su cuna esté en la montaña. Gila es de origen no confirmado, como si viniera del pasado.
—¡Vuelve a cantar!
—Me he dejado llevar. Así es nuestro decasílabo, enseguida se entusiasma uno.
—Le ruego que no se entusiasme y coja otro pañuelo, que sigue sangrando. Dígame, ¿dónde se encuentra ahora Gila?
—No se sabe. Nunca está mucho tiempo en el mismo sitio. Así es su trabajo.
—¿Qué trabajo? ¿A qué se dedica la señora Gila? Conteste con precisión y claridad.
—Gila es bruja.
—¿Que Gila es bruja?
—Sí.
—Quiere decir que una bruja ha incendiado el teatro vienes.
—Sí.
—¿Y por qué?
—Para matar al príncipe.
—¿Al heredero del trono, a Rodolfo?
—A ese.
—¿Y por qué quería Gila asesinar al príncipe?
—Porque no es el verdadero príncipe.
—¿Rodolfo, el hijo del emperador Francisco José, no es el verdadero príncipe?
—Es lo que dice Gila.
—¿Se lo ha oído a Gila?
—No, a Ania.
—¿Y quién es ahora Ania?
—Ania la Revolucionaria.
—¿Existe una mujer que se llama Ania la Revolucionaria?
—Así la llama todo el mundo.
—¿Cuál es su verdadero apellido?
—No se sabe.
—¿Tampoco ella tiene apellido?
—Ella tiene, pero no quiere que se sepa.
—¿Por qué no quiere que se sepa?
—Porque es revolucionaria.
—Es decir, ¿una malhechora?

—No, una revolucionaria.

—¿Por qué nos importa tanto esa Ania? ¿Ania conoce a Gila?

—Mejor que nadie. Ania vio a Gila tres veces.

—¿Tres veces?

—Más que nadie. A esta milagrera, una leyenda viva, la vio por vez primera en el treinta y uno.

—¿Podemos centrarnos en el incendio? No me interesa lo que ocurrió medio siglo antes del incendio.

—También llegaré a este punto.

—Pues hágalo de una vez por todas.

—Necesito mi guzla.

—¿Para qué?

—Para poderlo cantar.

—Le ruego que guarde la seriedad. Me interesa el incendio y cómo ha llegado a conocer los detalles sobre el fuego. No me interesan las canciones y no me interesan en absoluto las guzlas. ¿Puede explicarme, por favor, la conexión entre la bruja Gila y el incendio en el Ringtheater?

—Puedo.

—Pues, hágalo, por favor.

—Entonces, ¿todavía quiere que le cuente la historia de Gila?

—Sí. Si Gila ha provocado el incendio, entonces, quiero conocer la historia de Gila.

—Esa historia se la puedo contar cantando.

—No, no hace falta. Le ruego que me la cuente.

—Tengo que cantarla.

—Ya se lo he dicho, sin canto. ¿No puede simplemente contarla?

—No puedo.

—¿Cómo que no puede?

—No sería capaz de recordarlo todo. Nosotros, los guzlares, recordamos las historias solo si están en verso. Me saltaría algo, y le contaría mentiras.

—Señor Periš, si no se deja de tonterías, recibirá algo mucho peor que unos bofetones. ¡Estoy al borde de ponerle los grilletes! ¡Empiece a contar o lo mandaré al calabozo!

—Estimado señor instructor imperial, yo lo respeto, tanto a usted como a su oficina. Precisamente por eso no me atrevo a contárselo. Quien habla también miente. Es así porque el idioma se inventó para mentir, el canto es lo único sincero. Si quiere oír la verdad, hay que cantarla.

—Eso no tiene ningún sentido.

—Para ustedes, en la ciudad, no tiene sentido, pero para nosotros, en el pueblo, es cuestión de sentido común y la pura verdad. Lo que uno canta en verso perdura firme como una roca. Lo que se cuenta se olvida y tergiversa.

—Le doy la última oportunidad de contarme todo lo que sabe sobre Gila o lo haré detener por ocultar información.

—¿Puedo cantarlo?

—¡No puede cantarlo!

—¡Ea!, entonces encarcéleme.

—Se la está jugando, hablamos de un asunto serio.

—No es un juego, claro que es un asunto serio.

—¡Por Dios!

—...

—¿Está completamente seguro de que debe cantarlo?

—Sí.

—De acuerdo, de acuerdo. ¿Puede entonces cantármelo?

—Puedo, pero con la guzla.

—¿Con la guzla?

—El canto se canta al son de la guzla.

—¿Y de dónde vamos a sacar ahora una guzla?

—Yo tenía una guzla, pero los señores inspectores imperiales me la quitaron después de golpearme con ella en la cabeza.

—¿No podrá hacerlo sin la guzla? ¿Así, sin más..., cantarlo?

—Sin guzla no se puede. Es una epopeya compleja, uno necesita el arco para recordarlo todo. Solo entonces la voz se abre paso. Si la mano no se desliza de izquierda a derecha, entonces tampoco el cerebro tiene ritmo.

—¿Y si agitara la mano de izquierda a derecha, de izquierda a derecha?

—No puedo hacerlo con la mano vacía.

—Tal vez podríamos sustituir el arco de algún modo. Digamos, coja esta pluma.

—Sería una vergüenza, señor juez instructor, que una pluma de ganso hiciera las veces de arco. El ganso es un animal muy vulgar, chillón e impetuoso, no tiene ni el orgullo ni la lozanía de un caballo.

—¡Entonces coja una escoba o cualquier cosa, ya que no tenemos una guzla y yo no pienso buscar una por toda Viena!

—Veo que tiene un sable en la pared.

—¿Qué quiere decir?

—El sable es curvo. Como los arcos. Podría tocar con él.

—Ese sable es un recuerdo honorable de mis días de militar.

—Todavía mejor, señor juez instructor. Ese sable blandido por sus apreciadas manos es digno de la epopeya de Gila, la más temible mujer que ha pisado Dalmacia.

—Se está burlando de mí. ¡Ándese con cuidado!

—De ningún modo, señor instructor. Realmente podría tocar con el sable en la mano.

—Que así sea, ya hemos perdido suficiente tiempo en tonterías. Aquí tiene el sable y déjeme de una vez escuchar quién es Gila y cómo sabe los detalles del incendio que nadie debería conocer.

—Se lo cantaré.

—¡Arranque de una vez!

—Este sable es en verdad un instrumento maravilloso. Pero no es más que un sustituto del arco. Necesito algo para la mano izquierda. Un cuello que pueda agarrar, de lo contrario no tengo la sensación de tocar la guzla. Y veo que al sable le hace compañía un fusil estupendo. Es una tercerola Lorenz, ¿no es cierto?

—¿Como sabe un guzlar tanto de fusiles?

—Es el oficio del guzlar, saber reconocer lo épico en la vida. Y el Lorenz 54 es una epopeya en sí mismo, el orgullo austrohúngaro. Usted seguramente ha ennoblecido sus días militares también con la pólvora de su cañón.

—No, con este fusil nunca se disparó. Está aún sin estrenar, no tiene ni un arañazo.

—Es una verdadera lástima que semejante maravilla pase por la vida sin cumplir su objetivo. Permítame que dispare con él al menos un canto.

—Hay razones por las que no fue disparado, hay razones.

—Permítame que lo ennoblezca.

—¡Qué demonios! Aquí tiene el arma, toque de una vez.

—Esto es genial, eche un vistazo. Las manos los sujetan de verdad como un violín y un arco.

—Cante por fin. Cante sobre el incendio.

—Así, sin más, no puedo. Un canto no se puede empezar como uno quiera. Un canto empieza como empieza.

—¿Y cómo empieza?

—Con Ania.

—¿Con Ania la Revolucionaria?

—Por aquel entonces todavía no era revolucionaria.

—¿Y qué era, si no?

—Pues era solo Ania. Cuando vio por primera vez a Gila.

—Bueno, de acuerdo, arranque de una vez.

—El fusil no está cargado. ¿Tiene cartuchos?

—Tengo cartuchos, y no pienso cargarlo. Empiece con el canto.

—Con el fusil en la mano izquierda y el sable en la diestra, narro la historia de la bruja Gila, tal como la canta con la guzla Želimir Periš.

—Señor Periš, no tiene que ser tan teatral. Solo nos interesa la información. Despoje de adornos este acto creativo suyo en la medida de lo posible.

—De acuerdo.

—Tenga la amabilidad.

—Todo retoño de raza humana ama la libertad más que otras cosas, por eso la altiva y joven Ania, junto a Gila, se hizo revolucionaria.

Si al linaje el destino atacara / la sangre al mismo diablo llamara.

Aunque el engaño evidente era / la esperanza persiste pese a /que desesperanzada fuera.

Capítulo 20

En el que se repite el motivo de la magia de las palabras escritas, mediante las cuales se lanza el hechizo que no cambiará nada, pero que de todos modos hay que lanzar porque incluso las acciones más insensatas despiertan esperanza, y la esperanza vale la pena hasta cuando es desesperada, en particular para los padres.

La tierra sufre bajo el hombre. Aborrece las botas que la están pisando. El lodo chirría, la piedra golpea, la grava rebota y el empedrado reseco cruje y se resquebraja, y a lo lejos se oyen los pasos del caminante desenfrenado. El caminante, particularmente cruel con la tierra, pisa con dureza, sin respeto, solo avanzando hacia el objetivo. Sus pisadas suenan como un tap-ras-toc, tap-ras-toc, tres sonidos en uno, una pisada trinitaria, una trinidad andante.

Gila lo observa desde que ha bajado del carro. Ha movido con un dedo el pesado paño que cuelga de su ventana y, protegida por la oscuridad, contempla al recién llegado. Tap-ras-toc, una pierna, otra pierna y el bastón que se apoya en el suelo. Tap-ras-toc, tap-ras-toc. El recién llegado da unos pasos que resuenan tres veces y se detiene delante de la casa, en el erial. Gila sigue su mirada, está ponderando la casa despacio, los muros de piedra de los que se han desprendido las capas de cal, las desvencijadas persianas en las que quedan solo restos de barniz verde agrietado hace tiempo y a través de las que aúlla el viento frío de diciembre, un tejado cubierto de líquenes y con tablones de madera en los sitios donde faltan tejas. Se trata de una casa ruinosa, una vivienda que respira desgana y desesperación, pero de la que todavía no se han desentendido todos y bajo cuyo tejado alguien aún encuentra un hogar. Gila mira furtivamente al observador. Se trata de un hombre ruinoso, un ser que respira desgana y desesperación, pero que todavía no se ha desentendido de todos y bajo cuyo capote alguien aún encuentra esperanza. Ella observa su desesperación. La ruina se revela en cada parte del hombre. Empieza con las piernas. Tap-ras-toc. Una de las extremidades es sana y firme, cuando está de pie se apoya en ella con todo su peso. Cuando camina, crea un sonido sordo de golpes. La otra pierna cruje. Está rígida, no se dobla por la rodilla ni al andar. La pernera de los pantalones grises tremola por encima. No hay pierna debajo del pantalón, es una prótesis, un sustituto de madera para la extremidad que falta. Por eso lleva un bastón que resuena cuando lo apoya en el erial pedregoso delante de la casa de Gila. Al hombre sin pierna le falta también un brazo. Bajo una de las mangas del largo y deslucido capote hay un brazo fuerte que sujet a el bastón, la segunda manga esta doblada, enrollada y atada a la altura del hombro. Al hombre sin pierna ni brazo tal vez le falte también un ojo. Observa con uno la casa de Gila, se detiene en cada detalle de esta pequeña edificación de piedra, mientras

tiene el otro entornado, o tal vez cerrado. Oculta tras la cortina, Gila no es capaz de ver si el hombre cuenta con otro ojo. El hombre que carece de un brazo, de una pierna y quizá de un ojo solo es la mitad de un hombre, y tal vez únicamente su alma está entera, pero eso Gila no puede verlo desde la ventana.

Detrás de él, el joven que conducía el carro está descargando dos cabras. Primero una y luego otra, las baja y las ata a una de las ruedas de madera. Dos cabras blancas, gordas y bien alimentadas, permanecen quietas junto al carro y buscan con la mirada algún manojo de hierba alrededor que puedan ramonear. El joven ya está un poco impaciente, se estira, da palmaditas al burro y lanza miradas hacia el hombre sin pierna, sin brazo y tal vez sin un ojo, espera que este se ponga en marcha, que cumpla el propósito de su viaje, pero el hombre no tiene prisa. Sigue parado y observa imperturbable la casa.

Gila ha visto suficiente y lo entiende todo. Suelta la cortina y abre la puerta a los recién llegados.

—Alabado sea Jesús —saluda desde la puerta.

—Busco a Gila la bruja.

—Soy yo.

Frente a él se yergue una mujer cuya descripción no corresponde a la que había esperado. La vieja que imaginaba encontrar tenía arrugas, andaba con la espalda encorvada, estaba chafada y rota por el peso de la experiencia y lo miraba con la desconfianza y el recelo con los que las personas curtidas y escaldadas suelen juzgar a los desconocidos. Gila, sin embargo, lo mira risueña y abiertamente. Apenas alcanza la treintena y lo lleva con soltura y gracia. La cabeza descubierta, con el pelo claro de color ceniza de haya que le cae sobre los hombros, una almilla de paño incoloro ciñe sus firmes senos y ella no oculta con nada su juventud, feminidad y desenvoltura.

—¿Gila la bruja?

—Gila la de los dientes de hierro, la hechicera, la hija del diablo. Llámame como quieras, no importa. Me buscas a mí.

Lo llevó adentro, le sacó vino y le ofreció que se sentara a la mesa. Él se quedó inmóvil, curioseando el interior de la casa. Recorría con la vista todos los adornos y trebejos oscuros que colgaban de las paredes y ella pudo sentir que estaba más satisfecho con el entorno que con su aspecto físico. De las vigas pendían manojo de hierbas secas y era casi imposible pasar por la estancia sin rozar un ramillete con la cabeza. En las paredes estaban clavadas pieles de liebre, huesos de animales desconocidos atados con paja y mechones de lana sin hilar. Encima de un baúl de madera en cuya pintura descascarillada aún se podía reconocer el motivo de un sol sonriente, estaba tumbado un gato que ignoraba al huésped. En la chimenea crepitaban brasas que calentaban la habitación y delante había una artesa llena de nueces. Aunque ya arrancaba el invierno, todo olía a salvia y a romero, el olor intenso ahogaba al huésped.

Él carraspeó y preguntó: —¿Tú haces conjuros?

—Hago.

—¿Y surten efecto?

—A veces sí, a veces no.

—¿Y cuándo lo surten?

—Cuando hay suerte.

—Cuando hay suerte —musitó para sí mismo, y sacó del bolsillo de su capote una tabaquera de metal, la abrió con la misma mano y se la acercó a la boca para coger con los labios un cigarrillo liado, cerró con un chasquido sonoro la tabaquera y la devolvió al bolsillo. Ella contemplaba cómo con la misma mano sacaba hábilmente el mechero y encendía el cigarrillo. Comprendió que habían pasado varias décadas desde que aquel hombre era medio hombre. El extraño exhaló algunas bocanadas de humo con la vista clavada en el rostro de Gila.

—Todos vosotros sois unos mentirosos y charlatanes, vivís a cuenta de unos desgraciados a los que vendéis esperanzas falsas —dijo con rudeza.

Gila ahora podía examinarlo bien. Tras el párpado medio entornado no había globo ocular, el párpado colgaba como una cortina y ocultaba malamente el vacío. Una cicatriz apenas visible se extendía desde la comisura del ojo hasta la sien, ramificándose en un abanico de arrugas profundas. Todo su rostro estaba lleno de arrugas, desde los profundos surcos rectos en la frente hasta las inesperadas estrías en las mejillas.

—La esperanza no puede ser falsa —le contestó—. La esperanza no es verdad ni mentira, sino un estado o una voluntad.

—La esperanza es mentira porque es solo un deseo de algo que no ha sucedido y que no suele suceder. —Hablabía sin levantar la voz, serena y planamente, con una frialdad aterradora.

—La esperanza es necesaria porque sin ella el hombre es presa de la desgana y de la desesperación. Se vuelve como tú: una cáscara que no tiene fe en el futuro.

—La esperanza es un engaño porque no cambia el futuro.

—El futuro es el engaño porque no existe un destino predeterminado.

—¿Para qué entonces todos estos conjuros y fingimientos? —El hombre levantó el tono por primera vez desde que había entrado en la casa—. Ya has reconocido que tus conjuros y magias no surten ningún efecto.

—No he dicho eso. He dicho que a veces salen bien y a veces no. Dije que surten efecto cuando hay suerte.

—¿Suerte? ¿Qué suerte?

—La suerte de que algo ocurra o no ocurra. Si hay suerte, las esperanzas de la gente se cumplirán; si no la hay, no se cumplirán.

—Y para esta suerte en la que no has influido, la gente te deja florines de plata. Sois unos recaudadores de la suerte. Como el imán o el cura, que, al decir que Dios Todopoderoso te ha obsequiado con la lluvia para que tu trigo no se agoste, luego te pide un saco de harina por la misericordia divina. Eso es un tributo a la suerte. Vosotros sois recaudadores del azar.

—Yo no soy ni imán ni cura.

—Yo he acudido al imán y al cura, y he recibido de ellos un rosario y un talismán. Tú reconoces al menos que tus embrujos no surten ningún efecto.

Por fin el hombre se sentó a la mesa, cogió el pellejo y tomó un largo trago de vino. A la puerta de Gila llamaban dos tipos de personas: los que creían y los que no estaban seguros de en qué creían. Tanto los unos como los otros estaban dispuestos a pagar por la incierta posibilidad de una influencia ajena sobre sus propias desgracias. Nadie acudía a su casa por azar. Cuando el hombre sin un ojo se sentó a su mesa, ella ya sabía que se había embolsado aquellas dos cabras.

—Así que no crees que mis conjuros surtan efecto, no crees en dioses ni en hadas y, sin embargo, has venido aquí y estás dispuesto a pagar caros mis hechizos. Yo sé por qué. Yo te puedo ayudar.

—¿Qué sabes? —Se encogía en la silla como si algo lo oprimiera. En torno a la mesa de Gila había varios tajuelos y, cuando uno se sentaba en ellos, enseguida estaba por debajo, en particular de Gila, que se sentaba en una silla alta y se cernía sobre los huéspedes como la señora de este pequeño oráculo.

—Estuviste en la guerra, viste horrores que nadie vio, ha pasado mucho tiempo, pero te persiguen, ahora quieres dejarlo todo atrás. Por eso estás aquí. Has venido por un conjuro contra el mal.

El hombre resopló cínicamente. Ella continuó.

—Hace tiempo que solo eres la mitad de un hombre, es probable que empuñaras el fusil muy joven. Llevas capote de oficial, el emperador ha pagado caros tu brazo y tu pierna, has venido a pagar con dos cabras un conjuro que no vale ni unos cruceros. Para el emperador perseguiste a Napoleón en Austria o en Bohemia, padeciste en sus batallas, quizás incluso te hicieron prisionero. Pero estuviste allí cuando cayó, por eso el emperador fue tan generoso. Su silencio confirmaba las palabras de Gila. Veía cómo su frente se perlaba de sudor. Detrás de la fachada arrugada le volvían todas aquellas imágenes.

—Ahora estas aquí porque aquello te dejó cicatrices. Heridas que no se han curado como ese corte debajo de tu hombro. El cuerpo sana, pero nadie puede huir de las heridas en el alma. Buscas un remedio para protegerte de este destino.

—Hijo —dijo él.

—Tienes un hijo.

—Nació la semana pasada. —Al mencionar al niño, las arrugas de su rostro cambiaron de dirección.

—¿Conservaste la placenta? —preguntó ella. Asintió con la cabeza. Por lo tanto, había planificado visitarla desde el primer momento. No hay un amuleto más poderoso que la placenta de un niño. Había acudido al imán y al cura, les pagó florines y cruceros, pero solo a ella le había traído la placenta. Lo observaba y callaba. Dejó que él mismo profiriera lo que bullía en su interior. Miraba apáticamente a la mesa vacía y las cejas le daban brincos revelando sentimientos. Pesar, luego inseguridad, amor, luego preocupación, esbozos de los recuerdos felices y sombras de los agobiantes. Las cejas saltaban arriba y abajo, se inclinaban

en esta o aquella dirección, las arrugas de la frente se rizaban y enderezaban y cada imagen en su mente creaba una nueva expresión en su rostro. Por fin levantó la mirada y empezó a hablar.

—Quiero que tenga una vida digna de un ser humano. Quiero que nunca padezca la guerra. Que nunca tenga que empuñar un fusil y disparar a otro hombre ni huir de la bala de otra persona. Quiero que tenga una vida digna de un ser humano, que tema al lobo y a las enfermedades, y no a las bombas y a la bayoneta. Yo no la tuve, mi padre no la tuvo, y tampoco su padre antes que él. Ningún hombre de mi linaje desde el principio de los tiempos ha vivido su vida sin perder la cabeza o el alma en la guerra. Ningún hombre en todo el mundo ha vivido jamás sin haber estado en una guerra. Y así es desde tiempos inmemoriales. Todavía no ha nacido un hombre que no haya experimentado la guerra. Quiero que mi hijo sea el primero. Quiero que la maldición acabe. ¿Quién nos ha maldecido?, ¿qué hemos hecho para merecerlo? Si hay que acudir a la hechicera, acudiré. Si hay que renunciar a Dios, renunciaré. Pero mi hijo no sufrirá por otras sanguijuelas. ¿Tienes conjuros para esto?

Se había sofocado mientras lo decía. Se inclinó sobre la mesa y ella pudo oler su sudor. Respiraba con dificultad y entrecortadamente, como un condenado que espera que dicten su sentencia.

—Tengo —dijo ella en tono tranquilo—. Hay un conjuro para esto. Un conjuro muy potente. Los ojos le brillaron. Gila percibió que se blandaba, soltaba un suspiro profundo y distendía los hombros.

—¿Y surte efecto? —preguntó él en voz baja, casi tierna.

—Surtirá, pero harás todo lo que yo te diga. Lo harás todo y funcionará.

—¿Es seguro? —preguntó como si no supiera y no entendiera.

—Seguro —dijo ella convincente.

—Seguro —repitió él como si se lo creyera a pies juntillas.

La ruina de hombre emparedada en el capote militar y oculta tras las miradas ceñudas temblaba ligeramente. Las sospechas y acusaciones se habían disipado como el humo y frente a ella en el tajuelo quedó solo un corazón desinflado y achicado.

La mujer se levantó de su silla y empezó la actuación. Cogió el libro de oraciones encuadrado en piel de cabra negra y lo abrió por una página al azar, pasaba el dedo por encima de las líneas y murmuraba de manera inarticulada. Luego fue a la chimenea, sacó de los pucheritos que colgaban de la viga unas ramitas secas, unos huesecitos ennegrecidos y otros artefactos irreconocibles, y los esparció por la mesa. Con un gesto dulce, apartó al gato del baúl y el animal saltó de mala gana al suelo de tierra y esperó hasta que Gila encontró en el baúl una bolsita de lino. Dentro había un atadillo cuidadosamente envuelto en piel de color claro. Lo desenvolvió con mucha delicadeza y salió a relucir un mechón de ásperos pelos negros. Sacó del cajón de la mesa un papel en blanco y un lápiz.

—Ahora apunta todo lo que te diga. Primero cogerás y coserás estos pelos de lobo negro en la almohada del niño.

El hombre asintió con la cabeza.

—¿Lo estás apuntando?

—No me hace falta escribirlo, lo recordaré.

—Tienes que apuntarlo. La magia se crea cuando se pone por escrito. No hay magia sin palabras, y no hay palabra más poderosa que la escrita.

El hombre se encogió de hombros. Se inclinó sobre la mesa y, ayudándose del bastón, se levantó con esfuerzo de la silla. Tap-ras-toc, cojeó hasta la puerta, la abrió y gritó: —¡Stipica, me cago en la sangre de Herodes, ven aquí!

Stipica era un joven de quince o dieciséis años, llevaba una camisa impecablemente blanca y almidonada y tiraba sin cesar de su bigote incipiente que apenas le asomaba bajo la nariz. Sujetaba el lápiz en la mano como si fuera un puñal.

—¡Escribe, que para eso te he pagado los estudios, a ver si has aprendido algo!

El joven agarraba con fuerza el lápiz, pero daba la impresión de no saber qué hacer con él.

—A ver, primero: coser un mechón de pelos de lobo negro en la almohada. El lobo negro es una fiera especial que no nacerá de dos lobos grises, su mechón protege de todos los maleficios —empezó a dictar Gila.

El muchacho sudaba con cada letra, pero las anotaba con cuidado y meticulosidad en el papel lamiéndose el labio con cada nueva línea.

—Enséñame la placenta.

El hombre puso en la mesa un paquetito envuelto en tela y atado con cuerda. Gila lo desenvolvió y miró.

—No es ni azul ni roja, eso está bien. La clavarás junto al cabecero. Luego cogerás el trabuco, dispararás dos salvas delante de la puerta de tu casa y lo colgarás con el cañón hacia abajo encima de la puerta. Talarás un roble joven, que no sea más alto de cinco codos, quítale las ramas y arrástralos hasta tu casa, allí lo convertirás en leña y lo quemarás en la chimenea. Cuando esté ardiendo, tirarás esto a las llamas —indicó las ramitas y los huesos que estaban en la mesa—. Ten cuidado de que no se te desparramen, tienen que consumirse por completo. Y, por último, busca un caballo muerto, no tienes que matarlo, sino encontrar uno ya muerto, le cortarás la cabeza y la enterraráς delante de tu umbral.

—¿Lo has anotado? —preguntó el hombre al joven.

—Lo estoy haciendo —El joven seguía apuntando con el lápiz en el papel. Al terminar, se secó el sudor de la frente y sonrió con un profundo suspiro de alivio. Gila comprobó el papel y se lo entregó al hombre. Él lo dobló y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Qué debo hacer con el papel cuando esté todo hecho? —preguntó a Gila.

—Guárdalo. Cuando al pequeño le crezca el primer vello en el cuerpo, repítelo todo. Busca el mechón de pelo de lobo y dispara el trabuco. Eso lo protegerá mientras viva bajo tu techo.

—¿Y cuando se marche?

—Cuando se marche, eso quiere decir que ya no será niño. Entonces ya no tendrás que protegerlo de nada. Entonces será un hombre hecho y derecho.

—Eso no basta. No es suficiente.

—Eso es todo lo que un padre puede y debe hacer.

—Es demasiado poco. —El hombre se volvió, ceñudo, las arrugas volvieron a enmarcarle la mirada, la oscuridad descendió sobre su frente. Aferraba con la mano el bolsillo en el que había guardado el papel con los hechizos. Repitió que poco o nada había obtenido en esta casa, pero de todos modos se agarraba firmemente a esta nada.

—Cuando sea un hombre hecho y derecho, entonces búscame de nuevo —dijo ella, como si estuviera segura de que su hijo fuera a crecer y a convertirse en un hombre, que no lo iba a encerrar para siempre en esa casa donde estaría protegido por unas fuerzas que eran y no eran, y a veces no eran más que falsas esperanzas, y a veces era verdadera magia en la que confiaban los progenitores más que nadie. Ya había ocurrido cientos de veces, el hombre cree bastarse a sí mismo hasta que su soledad se multiplica, hasta que se vuelve multitud, hasta que se convierte en familia. Entonces su espíritu gira alrededor de sí mismo y busca ayuda. Las madres encienden velas en la iglesia, los padres limpian los viejos trabucos y todos confían en la salvación porque la noción de la crueldad del mundo y de que nuestra influencia sobre él es nula resulta insoportable.

El hombre ceñudo entreabrió la puerta, y el viento de diciembre le derritió unos copos de nieve en la cara.

—Tampoco en esta casa hay salvación. No hay salvación en ninguna parte.

*Cuando a Gila acorralaron / ira de madre fiera contemplaron
Ni Gila al destino obedece / ni la moral con fusil se establece.*

CAPITULO 21

En el que Gila toma con el fusil lo que le pertenece según la ley humana, porque el hombre no debería tener justificación para convertirse en una fiera, ni siquiera si tiene que ser una bestia para demostrarlo.

No hay salvación en ninguna parte. Tampoco en esta casa hay salvación. El hombre ceñudo entreabrió la puerta y el viento de diciembre le pegó unos copos de nieve en la cara. Bajó las cejas, se retorció el bigote, dijo que no tenían nada, que les habían quitado todo, y cerró de un portazo. Apenas había mirado a la mujer delante de la puerta, ni vio el envoltorio que esta estrechaba contra su pecho. Cuanto menos supiera, más fácil le resultaría cerrar la puerta. El sufrimiento ajeno es contagioso; la gente no es inmune a él, por eso tiene puertas. Un gesto rudo de la mano para un rápido alivio de las penas ajenas. Las puertas se cierran delante de Gila con gran facilidad, incluso las macizas, hechas de gruesas tablas de roble, que por su peso se caen de los goznes y rozan con el umbral de piedra y hay que empujarlas con fuerza para poder moverlas. También se cierran las suaves puertas de haya, hechas ocasionalmente por una mano inexperta. Se cierran las puertas caras, labradas con primor y decoradas con suntuosas volutas, que guardan dos perros ferores cuyas fauces espumajean cuando ladran a la visitante. También se cierran las quemadas, ennegrecidas, a las que el fuego ha abierto ranuras a través de las cuales el viento sopla nieve, por lo que los moradores han clavado por dentro una pantalla de pesada tela para que el aire frío y las desgracias ajenas no se cuelen en el interior. Delante de Gila se cierran incluso las puertas que no hay, los marcos de piedra de los que asoman herrajes oxidados en los que ya no encaja ninguna puerta y, no obstante, también en semejantes casas hay almas vivas, pero tampoco ellas están dispuestas a compartir su infortunio con la mujer gris.

Gila se tambalea en la nieve, los copos se le pegan al gabán demasiado largo en el que se envuelve, costras de hielo se acumulan en su cabeza y sus hombros. El abrigo pesa cada vez más, se tropieza con los bordes que arrastra por el suelo y con cada uno de sus pasos está a punto de caerse. Estrecha con firmeza contra su seno el pequeño ser arrebujado en gruesos cobertores de lana, arrima su rostro al de la criatura y observa si todavía respira. Hace horas que el bebé no ha llorado y Gila cuenta sus débiles respiraciones. Lo sacude para demostrarle que todavía sigue con él, frotando las palmas de las manos dolorosamente heladas contra la lana que envuelve el pequeño cuerpo.

El ambiente se oscurece, el día se va apagando deprisa. En el este ya es de noche y en el oeste la luz se está extinguiendo poco a poco, solo el claro de luna proporciona aún contornos a las cosas. Se eleva una niebla del suelo y toda visión se vuelve borrosa, las sombras están creando

formas y en una de ellas reconoce la silueta de un lobo. La fiera silenciosa está sentada en una loma, Gila sabe que la persigue desde hace horas, la siente cada vez que la invade la desesperación.

Llama de nuevo a la puerta recién cerrada. Abran, por favor. Tengo un bebé, grita. Hay un lobo, chilla. La puerta se abre y aparece el hombre ceñudo, que ahora sujetá un fusil. Vete, le dice con rudeza mientras la apunta con el arma, vete de aquí, no hay nada para ti, los tuyos nos hicieron esto. ¿Pero quiénes son los tuyos? Gila no es suya, cualesquiera que fueran y lo que hicieran. Ella no sabe qué ha ocurrido allí, ha recorrido a pie demasiadas colinas y ni siquiera sabe dónde está, ni quiénes son los tuyos, ni quiénes los otros. Solo ha seguido el humo de los tejados bajo los que buscaba salvación.

Esta es la última columna de humo de esa pobre aldea y ya no tiene adónde ir. Detrás de ella está la puerta cerrada, y delante una nueva colina para la que no le quedan fuerzas. Echa un vistazo y, exhausta, rodea la casa. Sin apartar las manos del envoltorio en su seno, salta al otro lado de una tapia baja y se acerca con pasos pesados hasta la parte trasera de la morada donde, debajo de un pequeño saledizo, está apilada la leña. Hay un rincón vacío, los troncos de allí ya han ardido y ella se mete en el hueco. A través del muro de piedra porosa puede oír los gruñidos de un cerdo y voces humanas. Deposita al bebé a su lado, luego se arrodilla y empieza a construir una pared con la leña, un refugio para protegerse de las fieras y de la nieve. Coloca los troncos uno encima del otro y parece tener éxito, la pequeña guarida empieza a tomar forma; sin embargo, un trozo de leña resbala y arrastra consigo toda la estructura tambaleante. Incluso este murete de troncos se le ha venido abajo. Se acurruca en el rincón, se hace un ovillo alrededor de la criatura y le canta en voz baja. Los copos de nieve se pegan a su pañuelo. Poco a poco, la nieve la oculta del mundo. La sombra del lobo se acerca. Gila cierra los ojos y permite que el cansancio se apodere de ella. Respira hondo y nota lo fácil que es dormirse. Casi está dormida cuando el bebé tose con suavidad y a Gila la sobresalta el débil estremecimiento. Sacude al bebé, que apenas reacciona a los estímulos. Le pellizca las mejillas y el bebé frunce el ceño. Le mete el dedo meñique en la boca y la criatura lo acepta y empieza a chupar.

Mientras el bebé chupa el dedo, Gila siente su propio cuerpo. La escarcha le hace daño. Le escuece la piel de las manos. Cuando intenta doblar los dedos de los pies, solo siente dolor. Según va cayendo la noche, el aire se enfriá rápidamente y el viento aumenta. Arremolina el humo que sale de la casa y se funde con la niebla. Entre la sombra del laurel y de la encina ve otra vez la silueta conocida. Su lobo está cerca, a unos pocos pasos de ella. Está sentado, siempre está sentado, permanece quieto y la observa alerta. No le ve los ojos, pero sabe que la mira. Vigila con atención cómo la fuerza se extingue en el interior de la mujer. No se separa de ella. Siempre está allí. Solo espera. Al acecho.

Gila canta. Susurra una retahíla infantil al oído de la criatura. ¡Ay del ratón sin agujerito, que anda corriendo tan despacito! ¡Ay del padrecito sin su rebaño, que va solito todo el año! ¡Ay del cura sin su campana, que no da misa ni por la mañana! ¡Ay del niño sin su biberón, que llora y llora sin ton ni son! ¡Ay del cerco sin su estacada, que queda abierto de madrugada!

¡Ay del hijo sin su papá, que va buscando dónde está! Canta en voz cada vez más baja. La canción se va apagando. ¡Ay del águila sin su ojito! ¡Ay de la niña sin su amorcito! ¡Ay del lago sin su rana! ¡Ay de la aldea sin su aldeana! ¡Ay de la madre sin su bebé...!, la amargura en su garganta le ahoga la voz... ¡Ay de mí sin ti! La canción cesa. Gila llora sin lágrimas. La nieve cae sobre la última respiración de Gila Pata de Hueso.

¿Cómo era posible que la terrible Gila, la hija del diablo, Gila la hechicera, bestia entre los hombres, bruja que había puesto de rodillas hasta al mismísimo emperador austriaco, fuera a exhalar su último suspiro en la leñera de una casita de piedra al pie del monte Kamešnica? Gila cuenta en su cabeza las puertas que no se le abrieron. Cuenta los techos bajo los que no se calentó. Los pueblos que la rechazaron. Rebobina en la mente las caras de las personas que podrían haberla salvado, pero le dieron la espalda. ¿Cómo ha llegado Gila, la gobernadora de voluntades, a la situación de depender de la buena voluntad de los otros? ¿Cómo puede la buena voluntad ser el factor decisivo a la hora de que alguien sobreviva o se congele como un ratón que no ha logrado encontrar su agujerito? No puede, la buena voluntad no puede ser decisiva para vivir o morir porque no es una cuestión de voluntad. El hombre no debe dar la espalda a otro hombre. El hombre no debe tener una justificación para convertirse en una fiera.

Levantó la mirada y ante ella estaba la conocida sombra. El lobo estaba sentado y le sonreía. La fiera se regodeaba. ¡No!, gritó ella, y la silueta lobuna se disipó. No, repitió en voz más baja. Aquí solo hay una fiera y no es el fantasma del lobo. Se movió. Depositó el envoltorio de lana en el suelo y lo cercó cuidadosamente con troncos, prestando atención esta vez a cómo los apilaba. Después de construir una pequeña y sólida fortaleza, se quitó el abrigo y cubrió el nido de madera, añadiendo troncos para sujetarlo bien. Corrió hacia el arbusto de laurel y arrancó unas ramas. La piel congelada de sus palmas se agrietó cuando las arrastró a lo largo del tallo y arrancó las hojas. Se levantó la falda y la convirtió en una suerte de bolsa en la que guardó esas hojas. El frío soplaba a través del fino lino. Le ardía la piel, pero no se detuvo, sino que corrió hacia la casa con paso ligero.

La casita se erigía en un terreno inclinado y, cuando se acercó a ella por detrás, el tejado de lajas de piedra le llegaba hasta el pecho. Se encaramó al tejado y, con pasos silenciosos, atenta para no resbalar en la nieve, se aproximó a la chimenea. Echó las hojas dentro, luego se quitó la falda, la blusa y el pañuelo de la cabeza, hizo un gurruño con las prendas para formar un tapón de tela y lo metió dentro de la chimenea. Lo empujó muy hondo, con cuidado de obstruir por completo la salida del humo, y luego se deslizó desnuda por la pendiente del tejado, agarró un tronco y con pasos suaves se acercó a la puerta y se arrimó a la pared. El frío del muro se derramaba en su piel. Su cuerpo se tensó, se le aceleró la respiración, ni siquiera notaba el helor. A Gila, hija del diablo, le brillaban los ojos. En la casa se oían toses y maldiciones. Se abrió la puerta y, junto con una nube de humo, salió corriendo de la casa un niño que tosía y echaba escupitajos. Cuando salió el hombre, ella gruñó y le dio un leñazo en la cabeza con todas sus fuerzas.

Gila la fiera.

Él tardó más de media hora en soltar los primeros gemidos. Yacía frente a la chimenea, con el estómago apretado contra el suelo de piedra y los brazos estirados por encima de la cabeza, en la misma posición en la que había caído en la nieve. A su lado estaba sentada en fila toda su familia: la mujer, los tres hijos y dos ancianas. Delante de ellos, Gila, desnuda, repantigada en la silla con el fusil de chispa en la mano, apuntaba alternativamente a los presentes. Bajo los pies de Gila había un montón de ropa ensuciada de hollín.

La mujer en el banco sostenía un bebé en sus brazos. Mojaba un paño de lino en un recipiente y lo llevaba a los labios del bebé, que lo chupaba con avidez.

—El agua azucarada le gusta, está muerto de hambre —dijo la mujer—, pero debería tomar leche. Al otro lado del monte Vratina, en Aršulići, está Naduša, ella amamanta a los niños. Ella le dará de mamar al bebé.

Gila asiente sin apartar el cañón del fusil.

El hombre del suelo gime otra vez. Al despertarse del estado de inconsciencia, se lleva las manos a la cabeza y mira la sangre que le queda en los dedos. Murmura mientras intenta levantarse, y entonces ve a Gila y se detiene. Con el fusil, ella le indica que permanezca sentado donde está. El hombre recorre la casa con la vista. El ataifor está volcado, las sillas esparcidas por el suelo. Su hijo mayor tiene arañazos en la cara, la abuela se sujetó la cabeza con la mano y solloza silenciosamente, la tía ha caído en un estado de trance y solo repite madre-de-dios-ruega-por-nosotros, madre-de-dios-ruega-por-nosotros. Frente a ellos está sentada una mujer desnuda de pelo gris que, con mirada gélida, les apunta al pecho.

—Llévatelo todo, pero déjanos vivir.

Gila guarda silencio y sujetó con fuerza el arma. El fusil de chispa está oxidado y viejo, pero cargado y amartillado.

—Tenemos un cerdo. Cógelo, pero no nos toques. Puedes llevártelo todo.

—No me llevaré todo. Me llevaré solo lo que me pertenece y nada más que eso. Aquello que deberíais haberme dado por voluntad propia.

—Hay hambruna. Los turcos se han llevado todos los animales, solo nos queda el cerdo. No tenemos suficiente ni para nosotros mismos.

—¿Y qué si hay hambruna? ¿Las personas dejan de ser personas cuando tienen hambre? ¿Se comen entre ellos?

El hombre calla. La abuela se santigua, madre-de-dios-ruega-por-nosotros. Uno de los niños esconde la cara en las faldas de su madre. Al otro le resbalan lágrimas silenciosas por las mejillas. Sin decir palabra, todos miran el rostro de la mujer desnuda y la punta del cañón dirigido hacia ellos, solo el bebé mira al cielo y gorjea.

—Un mendrugo de pan, una jarra de agua y un poco de calor de una lumbre, es cuanto pedí —continúa Gila—. Cuando una persona no tiene nada, todavía le queda el alma. Y el alma es lo único que diferencia al hombre del lobo. El hombre solo es hombre cuando trata a los demás también como hombres. ¿Y vosotros, qué sois?

Callan. Nadie sabe la respuesta. Tampoco la conoce Gila, pero sabe que, con un fusil, solo puedes hacerle aprender algo a una persona si está cargado. Baja el cañón del fusil hacia el

suelo, aunque sigue empuñándolo con firmeza. Los habitantes de la casa respiran aliviados. Solo se oye el mamullar del bebé.

—Ese bebé no es tuyo —dice la anciana—. ¿A quién se lo has robado, bruja?

—Hace unos momentos quisisteis dejar que se congelara, y ahora os importa.

—¿Eres bruja? —pregunta uno de los niños—. Tienes el pelo plateado como la abuela, y el rostro de una muchacha.

El cabello de Gila brilla como plata a la luz del fuego de la chimenea.

—Es Gila, la bruja de cabello blanco con la rueda grabada en la frente —dice la anciana. La fama viaja más rápido que ella y también la conocen en estas tierras.

—¿Qué nos harás? —preguntan.

—Lanzaré una maldición sobre esta casa —les contesta fríamente.

La madre se sobresalta, se lleva la mano a la boca. La tía gime. Un niño suelta un chillido. La anciana se santigua, ten-piedad-de-nosotros-virgen-santa. El hombre frunce el ceño.

—No podréis hacerle a nadie lo que casi me habéis hecho a mí. La siguiente vez que hagáis oídos sordos a la desgracia ajena, vosotros mismo arderéis en ella.

El bebé eructó silenciosamente y cerró los ojos.

—Se ha dormido —dijo la mujer.

—Tráelo.

La mujer colocó el bebé en el regazo de Gila, retrocedió un paso y se sentó en su sitio en el banco de piedra. Gila acarició la cabeza de la criatura, sin soltar el fusil ni apartar la vista de sus prisioneros.

—¿Tenéis un carro?

—Tenemos, pero se han llevado el caballo —respondió el hombre.

—¿Hay algún burro en la aldea?

—Sí, en casa del tío.

—Escúchame con atención. Harás lo siguiente. Ahora soltaré el fusil, y tú levantarás el ataifor y comeremos. Sacaréis todo lo que tenéis y nos agasajaremos, tal como habráis agasajado a cualquier huésped querido. Me darás una manta para envolverme hasta que mi ropa se seque. Luego dormiremos. Al amanecer cogerás el burro y me llevarás a Aršulići. Cuando vuelvas con los tuyos, atarás una campana con hilo rojo a la puerta de esta casa. A quienquiera que haga sonar esta campana lo recibirás como si fuera tu pariente. Solo los que intenten abrirse paso a tu hogar a patadas merecerán el plomo de tu fusil. Si no me obedeces, el diablo se meterá en tu casa por la chimenea y tus hijos nunca más verán el sol. Por mucho que te laves, nunca te quitarás de encima esta maldición. ¿Lo entiendes?

El hombre lo entendió.

Sacaron a la mesa una hogaza de pan y un puchero de habas, y el padre trajo del granero una pieza entera de tocino. Comieron todos juntos sin muchas palabras. Los niños se atragantaban al masticar los trozos de tocino cortados demasiado grandes, y por primera vez los padres no los regañaban por ello. El bebé dormía plácidamente en el regazo de Gila. Acercó la mejilla infantil a la suya y sintió su silenciosa respiración. Besó sus labios.

—¿Es este tu cabello verdadero? —La niña señalaba con el dedo el cabello largo de Gila.

—Sí, es mi cabello verdadero.

—¿Y por qué es plateado, si eres la bruja de cabello blanco?

—Era blanco. Pero con cada nuevo hechizo que lanzo se vuelve un poco más oscuro.

—¿Y ahora has lanzado un hechizo? ¿Se volverá más oscuro? —preguntó inquieta.

—Lo hará. También se oscurecerá.

—Nunca he visto un cabello así.